

Epílogo de *Pan para la princesa*, Elise Plain, El Gaviero, 2011

Buenas noches.

Pueden volver a conectar sus móviles. Pueden recuperar compostura y verticalidad. Gramática de todos los días reconquista su boca, con un gusto a viejo. Sin duda pueden frotar sus ojos una y cien veces. Ah, no. No es probable que vean a Elise tras el telón, cómo es que recoge del escenario migas de pan azul, un barrido con sus trenzas a un suelo lleno de, cartas privadamente digitales a, lobos esteparios, letters to elise en vivisección con bosques de versalitas, avezados copos de nieve en su tinta. Ah. No.

Ni verán a Elise eyectada de su última página con un talonazo al aire, a tientas hacia el camerino de su contraportada. Eso se hace a libro cerrado, con los dedos de los pies acribillados tras haber bailado en las puntas de la ti po graf ía y la cabeza un poco con ganas de vomitar. Sobre las lilas. Del suelo. Secas.

Nos hallamos en el instante -fulminado en página- de perseguir el lenguaje de Elise hasta el lugar donde tiende su ropa. Es la cuerda de la intimidad eso que baila al sol con un hilo de saliva puesto a secar. Elise, ustedes la han visto, ha colgado su ropa ahí. Su piel ahí. Sus *cosas*. Ustedes han saltado de uno a otro de sus versos como un fuego. Han bebido, por ejemplo, su palabra en medio de un delicioso *borsch* de criaturas. Ustedes se han tirado por sus líneas como por una tirolina, como por un *yporquéno*. Por qué la poesía habría de parecerse a algo de este mundo? A una valiosa línea argumental. Ustedes han descendido las escaleras de Escher y luego han subido las de Penrose y luego las mecánicas de algún lugar enorme. Han hecho todo eso? Han sido buenos?

La marea de estos textos nos arroja a la playa de un hemisferio derecho, en su aparente llamada a lo intuitivo. Salimos de su espuma con una sensación de bolsillos ajenos en la memoria. Se palpa ese bolsillo infantil de una prenda que jamás hemos vuelto a ponernos pero ha seguido latiendo en su armario. O ese bolsillo con el calor de las manos de otro.

Amor. Las vísceras del amor. Cartas cruzadas, mutiladas con languidez. Un pensamiento fracturado que diverge. Princesa de cummings, arcádica y dormida sobre el esguince de una frase. Querría haberte escuchado en voz alta, Elise. Tu plainsong, tu línea melódica. Tu neuma.

O ver salir de su boca, de la de ustedes que leen: *azul, amarillo, pelolargo, polla pequeña, me llevo tu sur, balcón, kingdom, emptiness, venecia, san francisco o santander*. Han leído todo eso como destinatarios, como voyeurs, como sagaces o como naturalistas? Se han manchado los dedos con las páginas, como si capturasen mariposas? Ha medido cuánto el diámetro de su pupila? Y han fermentado dentro de su propio pan?

Han caído los versos desventrados sobre sus hombros? Se han visto capaces de atrapar alguno con la lengua? Han observado que, a través del microscopio, cada uno de ellos era como la geometría de un cristal de nieve?

Distinta?

Estíbaliz...Espinosa, 2011